

LUIS: MEMORIA, PALABRA DEL ALMA

Me parece probable que cuando los historiadores de la literatura intenten ordenar lo que ha sido la poesía española de nuestra época, Luis Rosales aparecerá como una gran grapa o abrazadera que sirva para dar coherencia a poetas y tendencias dispersas, a períodos sucesivos y a generaciones encontradas.

¿Cómo hubiera sido más tarde Luis Rosales si no hubiera sobrevenido la guerra civil cuando nuestra promoción era joven? Recordemos lo que fue su libro *Abril* en la víspera de ella. Cierro los ojos y ante mí está un Luis Rosales elegante, acaso con traje cruzado.

Volvíamos de la clase donde nosotros nos sentábamos entre el latín y entre el silencio de ella; yo te había dicho: —Espera en el pasillo, ¡no seas tonto!, no es preciso dar clase para estar a su lado.

El lo evoca así en uno de sus mejores poemas en tiempo presente, el difunto Juan Panero dialogando con él, en los pasillos de una Facultad nueva, varios siglos antes de Camón Aznar y del olor a tortillas de aceite de soja, yendo todos juntos,

íbamos todos juntos; ¿iríamos todos juntos? Pilar, María Josefa, Concha, acaso Lola... [Piedad,

Los jóvenes que iniciaban entonces una vuelta a las formas regulares y se estaban haciendo—Juan y Leopoldo Panero, Germán Bleiberg; de los consagrados, el más próximo, Miguel Hernández—maestros de los mayores, descubrieron en el libro *Abril* la obra ya lograda, con el repertorio de las formas con todas las experiencias técnicas asumidas.

Ese era Luis Rosales entonces, el estudiante en quien Federico García Lorca y Pablo Neruda veían no ya una esperanza, sino una realidad.

La modestia de Luis le llevó, en el abismo del desastre, a empezar de nuevo. Serían otros quienes pusieran marchamo a aquella reventa, ya al por mayor, de formas regulares, y que con la biografía que poco antes había publicado Manuel Altolaguirre, se llamaría grupo de Garcilaso, mientras él se refugiaba en los ritmos populares y componía villancicos.

Y así, dueño cada vez más plenamente de coplas mágicas, mientras

estudiaba en la Biblioteca Nacional, en los cartapacios inéditos, semiinéditos y quién sabe si leídos y publicados, la que llamábamos entonces poesía del Imperio: poesía de un imperio de pobreza, de deudas y, a veces, como en Villamediana, de insultos y amenazas de muerte a plazo que se había de cumplir, reanudaba Luis su obra, esa obra destinada a ser una gran abrazadera a lo largo de treinta, de cuarenta años, de medio siglo y más allá.

Pues sobre el poeta de la seguridad formal endecasílabo, y el de las coplillas octo y heptasilábicas y pie quebrado, oídas y cantadas desde siempre en Andalucía, venía ahora dolorido y con profundidad de cisterna llena de lágrimas el hombre hecho que había absorbido y destruido todos los ismos que transcurrieron durante su infancia.

Por eso ha podido decir Dámaso Alonso que Luis incorpora «los hallazgos del surrealismo a una técnica constructiva». ¡Como que nuestro Luis absorbió las profundidades abisales de Vicente Aleixandre y la poesía en carne viva y existencia de Dámaso mismo cuando, con las cuales midieron, al final de la guerra mundial, toda la extensión de la catástrofe!

Con toda esa larga experiencia construía Rosales la maravilla que es *La casa encendida* (1949), entendida como refugio necesario, y nada egoísta, en un mundo que nos tenía (y nos vuelve a tener) aterrorizados, y volcaba (1969) *El contenido del corazón* para mostrarnos lo imposible: el tiempo detenido.

No quiero sino contribuir a colocar en la historia futura de la poesía de nuestra lengua a ese héroe de la lucha contra el tiempo, de la negación y superación del tiempo, que es Luis Rosales. En *La casa encendida* contempla las luces del presente, no las deja apagarse entre los dos saludos de un sereno, tan simultáneos como apartados por una eternidad, el primer saludo:

¡Buenas noches, don Luis!

y el último. Y en *El contenido del corazón* derrama el pasado lejano, y después de bucear en su infancia la presenta nueva, enjuta de las aguas del pasado, presente encendido también. La misma granadina Pepona de la infancia transita por el pasillo de la encendida casa madrileña. Es poesía tan interiorizada que, como «la palabra del alma es la memoria», según el verso con el que Luis nos descubre su procedimiento poético, la expresión no es lineal. El alma no puede expresarse linealmente. La palabra oral se dice linealmente, aunque en momentos sucesivos, para comunicarnos, puesto que somos corporales. Pero la palabra incorpórea se expresa en planos repetidos, en espejos infinitos; no es, como los lingüistas dicen de la palabra oral, seg-

mentable, sino que tiene simultaneidades, como pequeñas omnipresencias en un modo reducido de la mente de Dios. El poeta sabe que el alma no se expresa sucesivamente, sino de una vez, en un relámpago que abarca todos los fondos y todos los planos, y no deja oscuro ningún rincón. Y como la memoria es en lo que yo consisto, es la identidad personal o la percepción del yo, resulta que el alma no es otra cosa que memoria. Yo soy mis recuerdos. Pero el poeta en su tarea es un yo más completo porque sabe fijar esos recuerdos, darles forma, objetivarlos, ahí, en una obra que es, en segundo grado, palabra: palabra simultánea, palabra del alma, memoria actualizada e indefectible.

Por eso en el despliegue de esa palabra del alma, al expresarla en el lenguaje normal, en el lineal que pronunciamos con los labios y con el aire que respiramos, la carga con esos secretos que, en la poesía moderna, desde hace casi medio siglo se denominan surrealistas. Luis dirá:

el bosque de la sangre,

o bien:

tus ojos son como un camino abierto

o

las campanas iban, desde luego, haciéndose de juncia,

o

*y allí la vieras toda,
toda solteramente siendo araña,
y después la sintieras penetrar en el ojo...*

o también

*y vi la barca sola con los remos moviéndose en el agua,
y miré a la mujer.*

*Vi que tenía
un sombrero de colegiala con las cintas un poco ajadas ya,*

o finalmente

es una gabardina de médico que está hablando en mi puerta.

Lo quiere decir todo, explicar todo, como está presente en la omnipresente memoria, y lo vuelca revuelto, o aparentemente revuelto, porque la palabra del alma no es caótica, sino que obedece a sabios y misteriosos enlaces que, a veces, hasta toman las sabias formas del soneto o de la décima, y todo parece que se serena, y

*duran el tiempo y el cielo
duran las cosas sencillas*

Pero necesita ese desorden para aflorar del mundo nuestro tan íntimo y secreto, tan casero y primitivo, tan oloroso y en penumbra, que se ha trasladado a un piso de la calle de Altamirano con toda la infancia de Luis y ha hallado su expresión en todo lo que de la palabra del alma, la memoria, puede traducirse, de lenguaje superpuesto y sin tiempo, a lenguaje lineal y corpóreo que hasta se puede imprimir en renglones más bien desiguales.

Cuando al terminar su poema de *La casa encendida* el poeta dice: «Y ahora vamos a hablar, ¿sabéis?, vamos a hablar», es que nos ha comunicado su secreto y nos ha enseñado palabras simultáneas, que tocan el fondo mismo del alma, y que son memoria pura, esa memoria que se encuentra —se lo enseñó Antonio Machado— en «el umbral de un sueño».

ANTONIO TOVAR